

un enemigo tan terrible para él: «¡Este os ama más que el otro y sabría defenderos!»

Dos ó tres amigos solamente asistían á la boda, entre ellos, y en primer término, monsieur Godet, radiante y rejuvenecido, que decía, devorando con los ojos á la novia:

—Bella, pura, animosa y noble... ¡y esa vieja Ligneret habla de enlace desigual! ¡Imbécil!

Aquella misma tarde el palacio de Maillepré fué abandonado por sus moradores, que volaban juntos hacia el país del sol.

Pedro de Meillant, que concluía en médico después de haber sido abogado, recetó una estancia de cuatro meses en Argelia á Blanca, que siguió siendo para todos Blanca Carol; pero adorada por su madre.

Al siguiente día, antes de embarcarse en Marsella con la que había rehabilitado para darle su nombre, el conde le preguntó en un trasporte de pasión:

—¿Me quieres, Margarita?

La hija del coronel se dejó caer en los brazos de su marido y sus labios se unieron en las delicias del primer beso.

XXV

Veinte años después.

Ha pasado el tiempo. ¿Quién se acuerda ya de los acontecimientos que preocuparon en época ya apartada á una región pacífica y sirvieron de tema durante algunas semanas á todas las conversaciones?

El palacio de Maillepré ha perdido algunos de sus huéspedes.

El viejo M. Godet no se pasea ya en el parque sobre el lomo de su pacífico Sultán. Sumergióse en el eterno sueño sin dolor, ya que no sin pena, diez años después del matrimonio de su querido Pedro de Meillant con la dulce heroína del drama de Bourges, después de haber visto nacer tres hijos de éstos, dos varones y una hembra, cuyas infantiles cabezas acarició con sus temblorosas manos.

Margarita Souvray, condesa de Maillant, ha tenido después de la muerte de su viejo amigo otros dos hijos, vigorosos y fuertes.

Los cabellos de los esposos empiezan á cubrirse de plateados hilos; pero sus corazones son tan jóvenes como el primer día, cuando emprendieron aquel viaje á Marsella y á Argelia, en el cual cambiaron sus primeras caricias. Su ternura destella sobre cuanto les rodea. No se habla de ellos en Maillepré más que con la sonrisa en los labios.

Se aman y son amados. ¿Cómo había de suceder otra cosa, si reparten el bien á manos llenas? El conde es á la vez médico, el consejero y el amigo de todos sus colonos, y vecinos: nadie habla más que de sus beneficios.

Los condes apenas van á París, y sus estancias en él no son largas. A veces, sin embargo, se les ve pasear á caballo en los hermosos días de primavera por los Campos Elíseos ó por las avenidas del Bosque, con

aspecto de juventud todavía, sonrientes y saludados con deferencia afectuosa por los amigos que les encuentran. Pero prefieren las rientes y apacibles capifias del Berry, en donde viven entre recuerdos del pasado.

Aunque no hubiera allí otro atractivo, sería suficiente el de la duquesa de Maillepré, confinada obstinadamente en su tierra.

Todos los días á la hora en que la campana toca á la misa de alba, hace su peregrinación al cementerio, en el cual ha reunido los seres queridos, y visita cuatro tumbas situadas á la sombra del viejo templo.

Los restos de María Magdalena no están ya en el cementerio de Chapelle-aux-Ifs; la duquesa ha hecho trasladarlos al de Maillepré, junto á los de su padre. El duque Juan de Maillepré reposa en un rincón del modesto cementerio, con los de la desgraciada criatura á la que tanto habría amado.

Las otras dos tumbas son las de M. Godet y Luisa Souvray.

Las marquesa se complace en la compañía de estas reliquias, pero no esta sola entre ellas.

Pedro de Meillant, cumpliendo su promesa, es médico del cuerpo y del alma de Blanca. Fortalecida por una larga y constante intimidad con los dos excelentes seres llamados el conde y la condesa de Meillant, sostenida por su cordial afecto, cierta de la ternura de la que solo en la intimidad de su habitación se llama su madre, Blanca Carol se ha transformado. Han desaparecido su agi-

tación febril y su inquietud sospechosa. Aunque algo delicada de salud, sus ojos destellan la alegría de ser amada sinceramente.

Si por acaso se agita en el fondo de su corazón algún mal sentimiento al recordar su falta, lee en los ojos de los demás tan bondadosa indulgencia y tanto deseo de hacerle olvidar el pasado, que su pesar se desvanece en el acto. No ha querido nunca oír hablar de matrimonio. A las indicaciones hechas á veces por Pedro de Meillant, ha contestado con una negativa rotunda á recibir á los pretendientes, que no le hubiesen faltado. Obligada á aceptar la fortuna de su padre, solo usa de ella para practicar buenas obras.

Pedro de Meillant es el administrador de toda la familia, reemplazando á su amigo Godet en estas delicadas funciones con satisfacción general.

En suma, Maillepré y Meillant son dos hogares dichosos, animados por los juegos y las distracciones de los hijos de la condesa.

Alguna vez un viejo todavía firme á pesar de la gran carga de sus ochenta y seis años, aparece en el parque procedente de la aldea, en la que ocupa una pequeña casa, alegre y cómoda.

Es Peschard, trasplantado por decirlo así, desde la Turene al Berry.

Viste un poco mejor que cuando mendigaba casi con altivez en Serigné.

—Sed sobrios—dice á la juventud de Maillepré—y vivireis largos años.

El honrado Giraud, el antiguo juez de

paz de Serigné, más tarde juez de Saumur, no ha tenido suerte. Con razón ó sin ella, se le supuso mezclado en los asuntos del difunto Roland y se aprovechó el primer pretexto para destituirle.

Los protegidos de Pedro de Meillant son más felices.

El conde había dicho á Pablo Bordier:

—Quiero que bendigais después el nombre de aquella á quien habéis salvado.

Bordier y Pitot pudieron bendecirle, en efecto. Prosperaron, y se han convertido en unos ricos burgueses de Blidah.

Margarita Souvray hizo buscar después de su matrimonio, á aquella pobre Manette que se interesó por ella en la noche horrible pasada en el depósito. La infeliz muchacha acabó como presentía. La desesperación le impulsó á arrojarle por el canal de San Martín.

M. Tabouret ha concluído por ser un misántropo. La causa de Bourges lo mató moralmente. Quedó como simple juez, y para colmo de desgracia le han hecho enterrarse en una subprefectura de los Bajos Alpes.

¡Horrible fin!

La vieja señora de Lignerés parece inmortal.

Pasa su existencia atesorando en su productiva Normandía, y solo ve á su hijo de tarde en tarde. Cierta pudor la tiene alejada de Maillepré, en donde la presencia de Margarita despierta en su alma vivos remordimientos y amargos recuerdos.

¡Qué diferencia entre los dos palacios!

En Lignerés la soledad, el silencio profundo, un frío glacial y un vago olor á mohoso semejante al que exhalan las casas abandonadas donde el sol nunca penetra.

En Maillepré, el ruido, los cantos, la actividad, las alegres risas de la juventud, la vida, en una palabra.

En Lignerés el invierno.

En Maillepré la primavera y el estío.

La duquesa rodeada de niños que la adoraban, y llamaban su buena tía á Blanca Carol.

La marquesa, sola, melancólica y aburrida.

¡Y todo es obra suya!

Hubiera podido tener á su lado á aquella mujer que anima á Maillepré con su bondad y su gracia, y la rechazó.

Y su hijo Roger, desequilibrado en la existencia febril y vana de los ociosos parisienses, rico á pesar de sus prodigalidades, porque su madre amontona lo que él echa por la ventana, con el corazón seco, hastiado de caricias compradas como una mercancía, con el pensamiento vuelto á Maillepré, desde donde le llaman y adonde no se atreve á volver, ha sido asaltado alguna vez por la tentación á que son tan accesibles las gentes á quienes nada une á la vida, de saltarse la tapa de los sesos.

Su primo procura curarle; pero ¿lo conseguirá?

Lo mismo que Blanca Carol, Roger de Lignerés rehusa casarse, perseguido á todas horas, de día y de noche por la apacible vi-

